

Notas sobre la pandemia II

Ignacio Iriarte
CONICET/CELEHIS/UNdMP
Argentina
iriartelignacio@gmail.com

Sabemos muy poco sobre el covid-19 porque no sabemos bien cómo va a funcionar, qué futuro nos va a dejar, cuándo va a terminar la pandemia o cuándo va a ser asimilado dentro de la estructura inmunológica de la sociedad. ¿Va a ser como la gripe, un virus letal que si bien provoca cientos de miles de muertes cada año, está asimilado tanto en términos médicos como en lo que respecta a nuestras formas de comprender el cuerpo, la vida y sus fragilidades? Muchos arriesgan hipótesis sobre el impacto que tiene la nueva pandemia en el capitalismo o sobre la nueva normalidad que se va a instaurar después de que pase la oleada. Incluso, Slavoj Žižek sacó un libro sobre el tema y varios otros aparecerán seguramente en los próximos meses. Pero sabemos que se trata de predicciones aventuradas. Las predicciones sobre el futuro siempre son sospechosas, aunque la pandemia vino a redoblar esas sospechas, porque se trata de una enfermedad ante la cual no tenemos una respuesta unívoca ni una explicación certera, lo que significa que, al menos por ahora, no sabemos hasta qué punto va a afectar nuestras vidas. Por eso, más que aventurarnos a un futuro incierto, tal vez sea mejor pensar el covid con algo que conocemos un poco mejor, como es el caso de las pandemias que se produjeron en el pasado. La más clara para pensar esta pandemia es la del sida, porque si bien existieron enfermedades que se desataron en fechas más recientes, como la gripe A o enfermedades cercanas a lo demoníaco, como el “mal de la vaca loca”, el sida provocó un terror parecido al actual. Y lo más importante de todo es que el sida es una enfermedad que se diferencia de una manera notable con la que actualmente estamos sufriendo. Las diferencias, no las diferencias médicas, sino las que se producen en las modalidades con las que comprendemos esas enfermedades, tal vez traigan un poco de claridad

La primera de estas diferencias se encuentra en los grupos de riesgo. El sida generó un enorme temor, pero lo cierto es que inicialmente afectó a porciones muy acotadas de la población. Por otra parte, se trataba de gente muy notoria en parte debido a la fuerte estigmatización que la mayoría de ellos sufría. Homosexuales, heroinómanos y hemofílicos

(en inglés se agrega una cuarta “h”: *hookers*, es decir, los y las trabajadores sexuales) fueron los grupos en los que se diseminó la enfermedad, y por lo tanto se cargó de contenidos y significaciones de todo tipo, especialmente orientadas a alguna forma de discriminación. Ciertamente, esta cuestión es de por sí interesante, y volveremos a ella, pero antes notemos la gran diferencia que marca (y permite señalar) la pandemia actual, porque ésta no tiene grupos en los que se aloja la infección, y si bien es cierto que hay grupos de riesgo, también lo es que el virus circula de una manera más indiferenciada, porque se contagia por las partículas de vapor que salen de la boca o de la nariz. Por otra parte, no sabemos si efectivamente los jóvenes o los que tienen los pulmones sanos son en verdad resistentes, así como tampoco sabemos qué comportamiento va a tener el virus al interactuar con nuestros cuerpos.

Esta diferencia no es menor, por supuesto, por múltiples razones. La primera de ellas atiende a la significación y a la forma en la que podemos asimilar las enfermedades en el lenguaje. Desde luego, los virus y las enfermedades realmente existen, afectan nuestros cuerpos, provocan malestares y nos llevan a la muerte. Como puso en claro toda la reflexión que se viene desarrollando sobre el sistema inmunológico, desde Donna Haraway a Roberto Esposito, la vida está en contacto con los virus, y esa relación con lo que nos mata, desde la vacuna que injerta una porción de virus al miedo que provoca enfermarnos, es lo que nos mantiene con vida. Por eso mismo, si bien las enfermedades afectan lo real del cuerpo, también provocan reacciones simbólicas, de manera que las asimilamos y las comprendemos, aceptamos la existencia de ciertos virus o ciertas enfermedades y cargamos sobre ellas determinados sentidos. Como dice Jacques Lacan en la famosa conferencia de Louvain de 1972, que se puede ver por youtube (<https://www.youtube.com/watch?v=-HBnLAK4Cc>), hacemos bien en saber que vamos a morir, y en este caso podemos agregar que hacemos bien en creer que en algún momento nos vamos a enfermar, no solo porque nos provoca miedo y nos mantiene en alerta, sino también porque de esa forma soportamos el aburrimiento, el temor, la espera y el resto de los pequeños malestares de la vida cotidiana. Si el sistema inmunológico se apropia de eso extraño que es el virus y lo incorpora para generar anticuerpos, de la misma manera debemos comprender eso que nos enferma, darle un sentido preciso, porque las enfermedades también son fundamentales para mantener en marcha nuestras vidas en sociedad.

El sida, en este sentido, es una enfermedad particularmente reveladora. Al tratarse de un mal que afectó con intensidad una porción minoritaria de la población, y al descubrirse que se contagia por medio de ciertos fluidos corporales, lo que significa que las infecciones se producen especialmente través de la penetración y la droga inyectable, el sida generó una proliferación de interpretaciones. En “Aids, homophobia and biomedical discourse: an epidemic of signification”, un texto pionero que Paula Treichler publicó en 1987, la autora sostiene que el sida provocó una epidemia de significación. Esto se debe a dos razones, que están asociadas con el grupo minoritario al que originalmente afectó. Por una parte, la homosexualidad estaba condenada por buena parte de la población, de modo que proliferaron nominaciones estigmatizantes como “cáncer gay” y “peste rosa” e interpretaciones que movilizaron condenas morales y religiosas. En la misma línea, se crearon toda una serie de intervenciones biopolíticas para controlar la enfermedad y normalizar a los gays, como reveló de manera temprana Néstor Perlongher en *El fantasma del sida*. En otras palabras, la epidemia de significaciones se vio impulsada por la estigmatización de la homosexualidad y el fuerte componente homofóbico que anidaba en las sociedades modernas de los años '80 y que todavía tiene un impacto en la actualidad.

Pero al mismo tiempo, si el sida es una “epidemia de significación” porque afectó una población estigmatizada, podemos afirmar que también lo es porque la homosexualidad tenía una serie de prácticas y experiencias estéticas y una formación y una militancia política muy intensas, impulsadas por la lucha por los derechos y el desarrollo de formas de identidad propias que se venían desarrollando larvadamente desde el siglo XIX y de manera abierta desde las protestas de Stonewall de 1969. A esto se suma que, al momento que irrumpe la epidemia, muchos homosexuales varones ocupaban importantes lugares en las industrias culturales. En *Homo*, Leo Bersani lo pone de manifiesto, citando a su vez un artículo aparecido en el *New York Times*: para 1993, los gays ocupaban lugares muy importantes en el ambiente artístico, el campo literario, el periodismo, la industria de la moda y la televisión, aparte de que en Estados Unidos ya por entonces tenía una presencia indiscutida la temática gay en la academia por vía de los estudios culturales. De modo que la población más directamente afectada por el sida pudo darle sentido a la enfermedad por medio de proclamas, protestas, campañas de prevención y producciones literarias, cinematográficas y televisivas. Pensemos en ciertos momentos particularmente claros,

como la muerte del actor Rock Hudson, que anunció que tenía sida a mediados de 1985, para morir poco después. Fue la primera de las muchas celebridades que morirían por el síndrome, y por eso mismo fue un parteaguas a partir del cual se puso en alerta el conjunto del sistema cultural.

¿Podemos decir algo semejante del covid? A pesar de lo apresurado de pronunciarse sobre algo todavía muy mal conocido, por ahora sólo podemos responder rotundamente que no. Es posible que exista una proliferación de sentidos, porque toda enfermedad de estas características es también una pandemia de significación, pero comparada con el sida es muy acotada. En primer lugar, el covid-19 afecta de una manera masiva e indiscriminada al conjunto de la población. A esto se le suma que los infectados se organizan en una polarización renuente a darle significación: por una parte, están los asintomáticos, probablemente buena parte de la población, en cuyos cuerpos no hay signos de la enfermedad, y por la otra están los pacientes demasiado graves, de quienes la vida huye de una manera desesperante. En sintonía con esto, afecta especialmente a personas de edad avanzada y se distribuye con insidia por lugares de los que no se quiere hablar demasiado, como los barrios vulnerados y los geriátricos. Hace muchos años, Simone de Beauvoir describió en *La vejez* las crueldades que padecen los viejos, desde las tribus primitivas a la actualidad. Al repasar sus páginas, uno no sabe si las condiciones para los viejos mejoraron o empeoraron, porque las páginas que les dedica a los geriátricos son acaso las páginas más descarnadas y difíciles de leer de Beauvoir. Igualmente se puede recordar la descripción que Antonio José Ponte le dedica a los últimos años de su abuela, cuando la mandan a un geriátrico, pero también cuando la traen de vuelta, para darle una muerte un poco más digna. Lo que se ve en ambos escritores, lo que se ve en la existencia misma de los geriátricos, es que en esos cuerpos los sentidos se van disolviendo: los cuerpos se desnudan de ropas y de significaciones. Si el covid-19 se aloja en esas formas de la vida desnuda y en esos lugares creados para el olvido, ¿qué sentido se le puede dar a esa enfermedad, qué sentido real se podría crear para pensarla, que no sea más bien la desaparición del sentido, la disolución de aquello que nos mantiene como sujetos? Si el sida es una epidemia de significación, ¿no será que el covid es una pandemia de la designificación?

Esta enfermedad también puede contrastarse con el sida en lo que respecta a los espacios de sociabilidad en los que repercute. El virus del VIH afectó principalmente toda

una forma de la sociabilidad gay que va más allá de las prácticas sexuales. Al ser una forma de vida que estuvo largamente prohibida o condenada, se produjo toda una serie de prácticas escondidas, lugares secretos, formas del disimulo, una vida oculta, afincada en el ámbito de lo privado o en espacios públicos clandestinos o marginales. Cuando visita la casa de José Lezama Lima, César Aira se imagina al autor de *Paradiso* doblando su voluminoso cuerpo sobre el teléfono mientras secretea con sus amigos, manteniendo “esas clásicas charlas chismosas por teléfono que son parte esencial de la fenomenología gay” (69). El sida, después de Rock Hudson, fue año tras año sacando a la luz esa vida clandestina, o bien aceleró un proceso que se había iniciado décadas atrás, porque la sociedad se fue flexibilizando para hacerles lugar a esos sujetos y a esas experiencias escondidas. Las razones de esta salida muy progresiva no están del todo claras. Leo Bersani afirma que si los gays se pusieron de moda después del sida, es porque la sociedad “recta” (“straight”) quiso verlos morir. Néstor Perlongher dice algo aparentemente más ajustado: habla de la desaparición de la homosexualidad a instancias del dispositivo-sida, porque empujó toda aquella vida de closet y toda la otra vida de las locas escandalosas hacia lo público, de modo que también llevó a la homosexualidad a asumir identidades normalizadas. Poner a la vista (no hace falta recordar a Foucault) siempre significa normalizar. En este sentido, estableció modificaciones sustanciales en lo público y lo privado, y habría que subrayar que las enfermedades aparentemente generan ese tipo de modificaciones a dos bandas: por una parte, en lo privado impuso una profilaxis que destruyó importantes formas de experimentar los cuerpos y vació parte del sentido de la clandestinidad del mundo gay, con sus identidades contestatarias, no articuladas ni cristalizadas, mientras que por la otra amplió en lo público el espectro de las normalizaciones y las formas aceptadas de subjetivación.

Nuevamente, esta transformación difiere de manera sustancial con lo que hasta ahora pudimos ver del efecto del covid-19. No sabemos lo que va a pasar, no conocemos el futuro, las predicciones sobre la pospandemia son aventuradas. Pero por ahora, en este momento en el que está completamente activa, sin vacunas todavía, la pandemia transmutó de una manera completa nuestros espacios públicos y privados. Como todas las enfermedades, el covid-19 afecta de manera distinta a las personas según la clase social, los trabajos, la edad y la composición del grupo familiar a los que pertenecen. No es lo mismo depender de

trabajos temporarios o de las formas precarias de la economía de subsistencia que ser escritor, crítico, maestro de escuela o empresario que presta algún servicio de Internet. De todos modos, en los momentos más estrictos de la cuarentena o en los más dramáticos de la enfermedad, con la gente muriendo en las casas e incluso con los cadáveres en las calles, como se ha visto, la vida pública ha sido completamente transmutada. La calle está desierta o poblada por gente cuyos vínculos ahora son también los de la desconfianza. Es posible que ya no podamos abandonar esa sensación o bien que tarde demasiado en desaparecer ese temor, como si éste se hubiera transformado en parte de un espacio público potencialmente contaminado y por lo tanto realmente evitado. Con el sida, la profilaxis se realiza sobre los órganos sexuales o sobre las agujas o los utensilios del dentista, mientras que con el covid-19 la profilaxis se materializa en el barbijo en la boca, la supresión del contacto físico y el constante y obsesivo lavado de manos. El movimiento es simbólico: la profilaxis viaja del ámbito de la medicina o del ámbito de lo privado (el sexo o las drogas) al espacio público, cortando buena parte de las condiciones sobre las cuales se basaba la sociabilidad. Se trata de un desplazamiento en los cuerpos que va de lo privado y oculto de nuestro sexo a las partes públicas del habla y las manos que antes se estrechaban como saludo. Ahora podemos reconocerlo: la sociabilidad también estaba articulada en los cuerpos, estaba basada en esos contactos con los otros, esos roces, esos contactos, esas confianzas epidérmicas.

A diferencia de la vida pública, la vida privada es afectada de manera mucho más diferenciada de acuerdo con la clase, la edad y el resto de las variables que nos determinan. No es lo mismo estar solo o vivir en un barrio vulnerado, en el que hay una sociabilidad mucho más rica que la de la privatizada clase media, que vivir con varias personas bajo el mismo techo o ser una persona que bien puede continuar su trabajo por medio de una computadora. Pero en cualquier caso, la afectación de la vida privada, por diferente que sea según los casos, no deja de ser más profunda y traumática. En el caso de quienes hacemos esta revista, una situación extensible al resto de los académicos, profesores, maestros, escritores y diferentes trabajadores de la administración pública y privada y de las burocracias gubernamentales, el covid transformó alarmantemente lo privado. Iván de la Nuez afirma que el covid continúa la saga iniciada con el derribo del muro de Berlín. En 1989, cayó el comunismo y con él también cayeron los estados de bienestar. Cayeron las

fronteras nacionales, a instancias de la globalización y la irrupción de Internet. El covid, agrega de la Nuez, ciertamente volvió a levantar algunos muros que creíamos derrumbados, como las fronteras nacionales, pero igualmente continuó el afán demoledor, porque lo que hizo fue derribar el muro que separa la vida pública de la privada. Si la sociabilidad del espacio público está al menos cortada por el barbijo y la prohibición de tocar al otro, el mundo privado está invadido por el afuera, de modo que incluso nuestra intimidad se confunde con el trabajo y algunas paredes y sectores de nuestras casas pasan a ser lugares públicos de reunión. El dispositivo-sida hizo pública y normalizó buena parte del mundo gay. El covid apretó las tuercas sobre la conexión de nuestros cerebros a redes semióticas en las que lo público y lo privado se articulan de una manera más capilar y por eso mismo comienzan a combinarse como en una banda de moebius, en la que el trabajo es el reverso de la intimidad, y viceversa.

Pero a pesar de todas estas diferencias, es posible señalar que el covid-19, tal cual lo podemos vivir, es el resultado de una larga historia de desarrollos políticos, culturales y tecnológicos. Cuando reflexiona sobre esta nueva enfermedad, en una nota excelente publicada en el diario *El País*, Paul Preciado piensa la situación a partir del libro que años antes había dedicado a la revista *Playboy*. Su interés se enfoca en Hugh Hefner, quien diseñó un nuevo modelo de masculinidad insertado en el hogar, pero lo más importante es que para esto creó una mansión o un estilo de mansión en el que se encerró durante 40 años, “vestido únicamente con pijama, batín y pantuflas, bebiendo coca-cola y comiendo Butterfingers”, desde donde dirigió tanto esa revista, una de las publicaciones más importantes a escala mundial, como todo el emporio empresarial que amasó. Paul Preciado lo enfatiza, y con el covid-19 gana una nueva significación: Hefner dirigió su empresa desde la cama:

Adepto de dispositivos de archivo audiovisual de todo tipo, Hefner, mucho antes de que existiera el teléfono móvil, Facebook o WhatsApp enviaba más de una veintena de cintas audio y vídeo con consigas y mensajes, que iban desde entrevistas en directo a directrices de publicación. Hefner había instalado en la mansión, en la que vivían también una docena de Playmates, un circuito cerrado de cámaras y podía desde su centro de control acceder a todas las habitaciones en tiempo real. Cubierta de paneles de madera y con espesas cortinas, pero penetrada por miles de cables y

repleta de lo que en ese momento se percibía como las más altas tecnologías de telecomunicación (y que hoy nos parecerían tan arcaicas como un tam-tam), era al mismo tiempo totalmente opaca, y totalmente transparente. Los materiales filmados por las cámaras de vigilancia acababan también en las páginas de la revista.

Desde hace décadas el mundo se encaminaba a una situación como la nuestra: Internet permite que reaccionemos a esta pandemia sin echar mano a resignaciones maltusianas. El sida ya se había movido en esa dirección. Como dice Franco “Bifo” Beraldi en *Fenomenología del fin*, el VIH impidió el contacto de los cuerpos en la misma época en la que comenzaba a ser posible la conexión a través de las computadoras. Podemos pensar la actual pandemia como la enfermedad que completa la conexión de los cuerpos y las mentes a los flujos semióticos que conforman la red virtual. La enfermedad anuncia el fin de la experiencia pública y la desaparición del sentido; simultáneamente, integramos el virus a nuestras vidas gracias a que desplazamos los contactos interpersonales al espacio virtual de Internet.

¿Sabemos cuándo y cómo va a terminar esto? ¿Sabemos cómo va a ser el mundo después de esta situación? No. Y es posible que esa incertidumbre sobre el futuro y esa condición inestable del presente pasen a formar parte de la nueva normalidad. De ser así, tendremos que volver una y otra vez a estas inquietudes para recuperar el sentido y estructurar el mundo compartido.

Bibliografía

Aira, César (2016). *Sobre el arte contemporáneo / En La Habana*, Buenos Aires, Random House.

Beauvoir, Simone de (1970). *La vejez*, Buenos Aires, Sudamericana.

Beraldi, Franco (2018). *Fenomenología del fin*, Buenos Aires, Caja Negra.

Bersani, Leo (1998). *Homo*, Buenos Aires, Manantial.

Esposito, Roberto (2005). *Inmunitas. Protección y negación de la vida*. Madrid, Amorrortu.

Haraway, Donna (1995). *Ciencia, ciborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra.

Lacan, Jacques (1972). "Lacan parle". Director Françoise Wolff. Radio Télévision Belge de la Communauté Française.

Nuez, Iván de la (2020). "Rematando un modo de producción cultural". *Consonni*.
<https://www.consonni.org/es/intrahistoria/rematando-un-modo-de-produccion-cultural-por-ivan-de-la-nuez-0> (última consulta: 6/7/2020).

Perlongher, Néstor (1988). *El fantasma del sida*, Buenos Aires, Puntosur.

Ponte, Antonio José (2007). *La fiesta vigilada*, Barcelona, Agrama.

Preciado, Paul (2020). "Aprendiendo del virus", *El País*, 27/3/2020.

https://elpais.com/elpais/2020/03/27/opinion/1585316952_026489.html (última consulta: 6/7/2020).

Treichler, Paula (1987). "AIDS, homophobia and biomedical discourse: An epidemic of signification", *Cultural Studies*: 1, 3: 263-305.